

# *BRAVO MORAÑO, de soldado a general*

*M. Parrilla Nieto*

*Extremeño, de Villamasías, jornalero e hijo de jornaleros. Su escuela fue el cuartel y de su vida bien pudiera escribirse una fantástica novela de aventuras. Laureado en Africa, honrado y perseguido sucesivamente en su pequeña patria, defensor del monasterio de Guadalupe, capitán por media España, y a la vejez general. Martín Bravo Moraño llegó al mundo signado por esa estrella que tanta gloria diese antaño a Extremadura; Martín había nacido conquistador.*

**E**NTRO a servir al rey en 1910, cuando le tocó en suerte abandonar su tierra para vestir el uniforme de soldado. Desde la estación de Cáceres emprendió marcha hacia la entonces agitada ciudad de Barcelona. Allí ascendió a sargento cuatro años más tarde, y ante la duda de seguir o no en el ejército, preparó unas oposiciones al Cuerpo General de Policía; sin embargo, llegada la hora de tomar la decisión definitiva, renunció a la plaza conseguida y quedó integrado para el resto de su vida en el escalafón de Infantería.

El sargento Bravo, de apellido que bien pudiera ser apodo, conoció el amargo sabor de la lucha callejera en 1917, cuando la Ciudad Condal atravesaba momentos difíciles en su estabilidad social. Pero fue Africa, esa insaciable esponja que absorbió a tantas unidades militares, el suelo donde vertió su sangre y las otras «Indias» donde brilló su estrella de soldado excepcional.

En 1921 llegó a Melilla con el batallón expedicionario de su regimiento. Poco tiempo después pasó agregado al Tercio, y entre una y otra unidad cu-

*Con la bayoneta encastrada en el cañón del Máuser, el choque se producía a los primeros pasos.*



brío el período de dos años que por entonces era reglamentario en el territorio. En este su primer destino en Africa, Bravo Moraño ascendió a suboficial por méritos de guerra; y de regreso a Barcelona, tras una breve temporada en el cuartel, volvió a partir de nuevo a tierras marroquíes; ahora a la zona de Tetuán, donde se hallaba de operaciones el batallón.

Veterano de dos años de guerra, maduro suboficial con treinta y cinco de edad, Bravo Moraño se hizo cargo del mando de una sección, la tercera de la Segunda Compañía, que en el verano de 1924 estaba compuesta por un sargento, cinco cabos y cuarenta soldados. Toda una carga y un honor para un militar consciente de su papel en un auténtico campo de batalla.

El 29 de septiembre de aquel año, todo el batallón en pleno salía del campamento para prestar servicio de protección de caminos entre las posiciones de Recba el Gozal y Sidi Buker; ambas situadas, respectivamente, en sendos mogotes separados entre sí por el cauce del río Harrub.

Desplegados los efectivos, al llegar la sección de Bravo junto a un rústico puentecillo denominado en la cartografía como Nauer, comenzó a ser hostigada, desde una fronda de matorrales del cauce, por un intenso tiroteo que obligó a los hombres a buscar protección en las cunetas de la carretera.

El jefe del batallón, teniente coronel De la Rubia Sardá, ordenó al suboficial contener la agresión desde el lugar en que se hallaba; pero en vista de lo difícil de su posición y ante el avance del enemigo hacia ellos, Bravo Moraño solicitó permiso para abandonar



*El sargento don Martín Bravo Moraño, con los soldados y cabos de su sección.*

los exiguos parapetos y atacar frontalmente al grupo de yebalíes que les cerraba el paso.

Como impulsados por un resorte común, Bravo y sus hombres arremetían

*Como un símbolo de ancestral mitología, se debatía entre la morisma repartiéndole culatazos y mojadadas.*

furiosamente contra un enemigo igualmente seguro de una victoria sin supervivientes. Con la bayoneta encastrada en el cañón ya caliente de los Máuser, el choque, violento y múltiple, se producía sólo en los primeros pasos. Chocaron los aceros, se mascó el humo de la pólvora, y entre el mortífero zarzal de cuchilladas y disparos sólo llegaron a distinguirse los brillos de las armas y los ojos. Una inmensa polvareda, formada por más de un centenar de hombres defendiendo sus vidas arma en mano, impedía sacar conclusiones del final de la contienda.

Comenzaron a caer cuerpos al suelo, a embarrarse la tierra con la sangre; y con el tiempo, a clarear el horizonte del humo y polvo que envolvía a los

combatientes. Bravo Moraño, como un símbolo de ancestral mitología, se debatía entre la morisma repartiéndole culatazos y mojadadas; mientras, a voz en grito, animaba a sus hombres en el difícil trance de perder la vida o conseguir la victoria.

La fatídica partida se mantuvo en tablas durante más tiempo del previsto por ambos grupos contendientes. Pero poco a poco fue cediendo el empuje musulmán, hasta que, con cierto orden, los yebalíes abandonaban el campo para protegerse a cubierto de unas rocas próximas. En el lugar de la pelea quedaban muchos hombres sin vida. Bravo Moraño sangraba por el cuello, y los que aún combatían en la sección se aprestaban a proseguir la lucha desde los parapetos más insólitos.

Cuando de nuevo se iniciaba el tiroteo, el suboficial pudo observar cómo uno de sus hombres, tendido en tierra de nadie y entre los cadáveres, intentaba reptar para alcanzar su arma. Estaba herido y en la zona batida por las dos líneas de fuego.

Bravo Moraño alertó a su gente, y a la carrera, bajo un infernal zumbido de proyectiles enemigos, consiguió llegar hasta el soldado; lo cargó al hombro y pudo guarecerse con él tras unas piedras que apenas les cubrían la cabeza totalmente tendidos. Cuando depositó en tierra al herido, Bravo sintió cómo su brazo derecho carecía de movi-

miento; había sido alcanzado por una bala, en la ida o en la vuelta; nunca lo supo.

En una segunda fase de la maniobra, los yebalíes acabaron huyendo en desbandada. Refuerzos de toda una compañía finalizaban la operación. Horas más tarde, Bravo Moraño recibía asistencia médica en el campamento. Junto a él, veinte de sus hombres eran igualmente atendidos con heridas de diversa consideración. En el campo habían quedado catorce muertos propios, y por parte del enemigo hasta más de la veintena.

La actuación heroica del suboficial Bravo Moraño, enfrentándose con su sección a un número considerable de yebalíes en lucha cuerpo a cuerpo, permitió que las dos posiciones se vieran libres de uno más de los tristes episodios de asedio que tan funestas consecuencias tuvieron en la campaña de

*Consiguió llegar hasta el soldado herido, y cargándolo a la espalda, pudo guarecerse con él tras unas piedras.*

Africa. Tras un expediente de juicio contradictorio, que tardó más de dos años en resolverse favorablemente, le fue concedida a Bravo la Cruz Laureada de San Fernando. Era el otoño de 1929, y en el cuartel de San Jaime le imponía la recompensa el capitán general de la Cuarta Región Militar. En esa fecha el laureado ya era alférez por méritos de guerra. Después, siete años más tarde, volvería a colocarse el correa en otra contienda mucho más cruenta que la de Africa. En 1939 ostentaba las divisas de comandante, y en 1963 recibía en su pueblo natal el fajín de general. Bravo Moraño nació, efectivamente, bajo el signo que marcó antaño a sus paisanos los conquistadores.